

nos refrescos; que todo ciudadano presentado al dueño de la casa, como es costumbre, por dos socios, quedaba admitido; y que, á fin de evitar toda confusión, una de las personas presentes estaba habitualmente encargada de dirigir la conversación. Estas declaraciones no convencieron á los jueces, los cuales, el 18 de diciembre, condenaron al coronel Simón-Lorriére y á M. Gévaudan, cada uno á 200 francos de multa, y declararon la sociedad disuelta. La existencia pública de la asociación había durado cerca de año y medio.

Si bien, en su oposición, la inmensa mayoría de los *Amigos de la libertad de imprenta*, lo mismo que los *Unionistas*, se limitaban á una lucha de discusión y no iban más allá de una resistencia *legal* á la marcha del gobierno, algunos ciudadanos, pertenecientes á una ú otra sociedad, si no á entrambas, no vacilaban ante la idea de una resistencia material, y se habían constituido, independientemente de la asociación pública y de la sociedad secreta, en una especie de *comité de acción*. Los generales Lafayette, Thiard, Corbineau y Merlin, el coronel Duchant, los señores Voyer d'Argensón, Saint Aignán, Combes-Sieyes y Chevallier, de la *Biblioteca Histórica*, componían este comité, cuya existencia fué ignorada de la generalidad de los miembros de *La Unión* y de los *Amigos de la libertad de imprenta*. Generalmente se reunía en casa del general Lafayette, especie de centro en que se reconcentraban todos los proyectos de resistencia, por diversos que fuesen. Estas reuniones no tuvieron resultado; el comité nada pudo organizar, y hubiéramos hecho caso omiso de su formación sin un incidente de que muchos historiadores han hablado de una manera muy imperfecta.

Hacia tiempo que el extranjero tenía puesta su atención en la lucha entablada, en Francia, entre los restos de la antigua clase privilegiada y las demás clases de la sociedad. La reacción religiosa tenía alarmada sobre todo á la colonia francesa de Bruselas. La pequeña corte que les prestaba asilo era protestante, circunstancia que estrechaba las relaciones entre muchos de los emigrados y algunos oficiales de la casa del príncipe de Orange, heredero del trono y casado con la gran duquesa Ana de Rusia, hermana de Alejandro. «A Francia le convendría un soberano protestante,» decían con frecuencia aquellos refugiados. El mismo príncipe de Orange hizo una primera indicación á uno de los desterrados, M. Lorois, para substituir á los Borbones con un príncipe no católico. No tardó en formarse un plan. Era en 1817. Los 150.000 hombres de tropas extranjeras que componían el cuerpo de ocupación que quedaba en Francia, acampaban en gran parte en la frontera de Bélgica y comprendían en sus filas algunos regimientos belgas y un numeroso cuerpo de tropas rusas al mando del general Woronzoff. Con ayuda de este cuerpo ruso y de dichos regimientos belgas se proyectó dar el golpe. Pero el conde de Woronzoff necesitaba una orden de Alejandro para prestar á la tentativa el apoyo de su ejército. Acordóse enviar un emisario de la confianza del czar á solicitar aquella orden. Se pensó en el general Max. Una comisión de desterrados fué á proponerle esta misión, que el general rehusó invocando los deberes de su agradecimiento al rey de los Países Bajos. Carnot, después de haber permanecido algún tiempo en Varsovia, vivía entonces en Magdeburgo; la

misma comisión fué á encontrarlo. Carnot mostróse dispuesto á ir á conferenciar con el emperador de Rusia. Pero no tuvo necesidad de ponerse en camino, porque apenas habían salido de Magdeburgo los emisarios de los refugiados de Bruselas, cuando Alejandro, enterado indirectamente de los proyectos de su cuñado, envió el general Czernicheff al príncipe de Orange para decirle que se abstuviese de toda tentativa contra la monarquía francesa.

Transcurrieron dos años. Los Borbones no habían adquirido popularidad alguna, y la irritación contra su Gobierno era cada día más manifiesta. Los refugiados de Bélgica y el príncipe de Orange no habían abandonado completamente su proyecto de 1817. Un miembro del *comité de acción*, M. Voyer-d'Argensón, correspondía con varios de los franceses desterrados que residían en Bruselas. A fines de 1819, un día en que el comité se hallaba reunido, anunció que un oficial superior belga, ayudante del príncipe de Orange, acababa de llegar á París con el encargo de ofrecer el auxilio de su general para librar á Francia de los Borbones y de las exigencias de la antigua nobleza y del clero; comandante en jefe de todas las tropas de los Países Bajos, el príncipe pasaría la frontera al frente de una gran parte de su ejército, enarbolaría la bandera tricolor, proclamaría la reunión de Bélgica con Francia, y marcharía hacia París después de haber engrosado sus fuerzas con un número suficiente de descontentos; pero pedía dos cosas: la presencia de algunos hombres considerables, generales ó diputados, en medio de sus tropas, después de su entrada en Francia, hombres que se constituirían en Gobierno provisional; y la promesa de que él sería el sucesor de Luis XVIII. «¿Queréis oír á ese oficial?» añadió Argensón. Los generales presentes vacilaron. «El príncipe de Orange se ha batido contra Francia,» decían. «Sí, pero no oiremos hablar más de San Luis, ni de Enrique IV, ni del derecho divino; el príncipe reinará por la voluntad de la nación y no nos entregará á los curas,» contestaban otros socios. Acordóse oír al ayudante. Las proposiciones que éste traía eran serias; juntamente con las pruebas oficiales de su misión, presentó estados y planos que fueron discutidos con él en varias conferencias. Llegóse al examen de la parte política del proyecto, cuidado que se confió al general Lafayette; pero ya porque le inspirase una repugnancia secreta el operar un cambio que, realizado sobre todo por el ejército, iba á ser una especie de revolución militar en provecho de un príncipe extranjero, ó por otro motivo, su contestación se hizo esperar mucho tiempo. Aquellas dilaciones cuadraban mal con la impaciencia de los refugiados de Bruselas; cometieronse indiscreciones y el complot llegó á conocimiento del rey Guillermo. Dificilmente podía este soberano dejar representar á su ejército el papel que le destinaba su comandante en jefe, y sacrificar á la grandeza de su hijo su propia grandeza y la mitad de sus Estados; el rey Guillermo dió al príncipe de Orange la orden de viajar. Poco tiempo después, las puertas de Francia se abrieron á los últimos proscritos, y el plan de destronamiento de Luis XVIII cayó en el vacío.

Un real de decreto 18 de agosto había fijado para el 11 de septiembre las elecciones para la renovación de la tercera quinta parte de la Cámara. Realistas, minis-

teriales y liberales, los hombres políticos de cada partido se habían preparado desde hacía meses para la lucha. De los 52 diputados á reelegir, había 23 pertenecientes al partido realista, cuyos periódicos adoptaron esta consigna: *Salvar á la monarquía á pesar del Gobierno*. Según ellos, la Revolución afilaba sus puñales, y los oradores de sus clubs, tratando al mismo Robespierre de moderado, no ocultaban sus designios de degollar á todos los nobles y á todos los curas. «Sin em-

penitentes grises, los penitentes negros y demás asociaciones religiosas de Aviñón fueron á buscar procesionalmente al prefecto, al alcalde, á las principales autoridades, y por el mismo orden los condujeron á la catedral, á fin de pedir al cielo la elección de diputados monárquicos. En Tolosa se hicieron rogativas públicas y predicaciones en todas las iglesias en favor de la elección del Sr. de Castelbajac, que triunfó merced á unos cuantos votos ministeriales; en cambio los realistas



Granadero y tambor de la Guardia nacional parisiense (época de la Restauración), copia de Carlos Vernet

bargo, añadían los más fogosos con la esperanza de provocar una crisis, *vengan antes jacobinos que ministeriales*.» El ministerio, ó mejor dicho M. Decazes, había dado á conocer sus candidatos mediante el nombramiento de los presidentes de cada colegio; casi todos eran funcionarios públicos. El comité central electoral de los *independientes*, que acababan de abandonar esta calificación para tomar el nombre de *liberales*, continuaban recomendando la elección de ciudadanos completamente desligados de la autoridad; los candidatos, fuesen generales, administradores ó magistrados retirados ó pesantes, estaban obligados á comprometerse de una manera formal «á no aceptar, mientras desempeñasen su cargo de diputado, ninguna especie de empleo, pensión, condecoración ni título.» La opinión de cada candidato era tanto más pronunciada contra el ministerio cuanto más había sufrido de la reacción realista el departamento en que se presentaba.

Llegó el momento de las elecciones. El día antes, los

apoyaron en Grenoble al padre Grégoire, ex obispo de Blois y antiguo diputado de la Convención, contra el candidato ministerial, á fin de desacreditar la vigente ley electoral con la elección de un *regicida*, es decir, de uno de los miembros de la Asamblea revolucionaria que condenó á Luis XVI. Un inmenso grito de indignación y de horror acogió, efectivamente, entre los realistas el nombramiento del ex obispo de Blois. «¡Un regicida en la Cámara!» exclamaban los periódicos. «¡Un cura sacrílego! ¡Un obispo revolucionario!» añadían los sacerdotes. Había comida de familia en palacio el día en que la noticia de esta elección llegó á París. El conde de Artois y Luis XVIII, desde la real orden que quitó á este último el mando efectivo de la guardia nacional, no se hablaban; pero esta vez, en el momento de separarse del rey, el príncipe se acercó á él y le dijo: «¡Ya veis, señor, adónde os conducen!—Lo sé, contestó el rey; ya pondré remedio.» Pero Luis XVIII reinaba y no gobernaba.

El resultado de las elecciones sorprendió á Decazes. Los ministeriales salían perdiendo 6 puestos y 18 los ultrarrealistas. En cambio ganaban 28 los liberales, que de este modo reunían más de 90 votos y llevaban trazas de tener mayoría en la Cámara á la próxima renovación de diputados. Semejante perspectiva asustó al ministro del Interior.

En el mes de diciembre anterior, Decazes había precipitado la caída del ministerio Richelieu, formado el nuevo gabinete y modificado profundamente la composición de la Cámara de los pares, con el objeto de mantener la ley electoral; esta ley amenazaba ahora su porvenir y resolvió cambiarla, aunque tuviese que derribar á los demás ministros que, fieles á los compromisos que él mismo había exigido de ellos, quisiesen sostenerla.

Pasquier fué el instrumento de que se sirvió para empezar el ataque. Este ex ministro redactó una memoria destinada á probar que el mantenimiento de la ley electoral se hacía imposible, porque se prestaba á que las facciones cometiesen toda clase de abusos y fraudes electorales. El mal era grave y se imponía el remedio, que consistía en un cambio de hombres y de sistema. Esta memoria fué comunicada por Decazes á sus compañeros de gabinete en el momento en que, tanto en las recepciones de las Tullerías como en los centros ministeriales, todos los individuos del cuerpo diplomático, y sobre todo los embajadores de Prusia y de Austria, declaraban abiertamente que la ley electoral amenazaba la tranquilidad de Francia y de toda Europa, y que era necesario modificarla. Serre, bajo la impresión del irritante recuerdo de los últimos debates, y Portal, administrador hábil é íntegro, más bien que hombre político, se dejaron dominar. El general Dessolle, Gouvión Saint-Cyr y el barón Luis resistieron. No les asustaba una mayoría liberal; al contrario, estaban convencidos de que semejante mayoría había de ser un apoyo para el Gobierno, á quien daría fuerza para contener al partido realista, cuyas doctrinas contrarrevolucionarias eran el verdadero y único peligro de la monarquía. Vefan mejor y más lejos de lo que entonces se creía; diez años más tarde, los acontecimientos se encargaron de darles razón. Como decían estos tres ministros, la generalidad de los liberales de la Cámara no eran hostiles á los Borbones, y exceptuando á Lafayette, Voyer d'Argenson, Dupont, Corcelles y Manuel, ningún diputado liberal pensaba, en 1819, en un cambio de Gobierno; todos admitían la Restauración, pero en condiciones imposibles de obtener, es decir, con la esperanza vana de que los Borbones, olvidando las cosas de su juventud, sus antiguas prerrogativas y las desdichas de su largo destierro, harían al interés público el sacrificio de sus amistades y de sus simpatías, adoptando los resultados materiales y morales de la Revolución y realizando, en el sentido más nacional y más amplio, todas las promesas consignadas en la Carta. En vano Decazes, en varios consejos sucesivos, procuró llegar á una transacción con los tres ministros disidentes. Esta resistencia le mortificaba quizá menos de lo que se podía pensar. Obligado, para modificar la ley electoral, á obtener el concurso de los 50 ó 60 diputados ultrarrealistas que aún contenía la Cámara, podría al menos ofrecerles, en cambio de sus votos, el sacrificio de Gouvión

Saint-Cyr, que era el ministro que más odiaban. Este no sólo había quitado á muchísimos emigrados y generales palaciegos sus mandos territoriales ó sus regimientos, é impuesto á todos los jóvenes militares, hijos de antiguos grandes señores ó de simples obreros, el inflexible nivel de su ley de ascenso, sino que acababa de cerrar la última puerta dejada abierta, en la carrera de las armas, al privilegio ó al favor. Ninguna condición era impuesta para la admisión de oficiales en las cuatro compañías de guardias de corps, admisión que confería el grado de subteniente; una real orden de 28 de abril de 1819 establecía que, en adelante, aquella tropa privilegiada se reclutaría exclusivamente entre los alumnos de la Escuela militar que hubiesen pasado su examen de salida, ó bien entre los sargentos del ejército que llevasen cuatro años de servicio y dos de graduación. Por otra parte, el título de presidente del consejo, de que se hallaba revestido el marqués de Dessolle, excitaba la codicia del ministro del Interior; como era omnipotente, quería también los honores y prerrogativas de la omnipotencia. En el último consejo de ministros se planteó la cuestión de la ley electoral. Los señores Decazes, Serre y Portal se pronunciaron en favor de la modificación de esta ley: Dessolles, Saint-Cyr y el barón Luis persistieron en querer conservarla intacta. Se apeló á la autoridad de Luis XVIII para que zanjase la cuestión. El monarca se declaró conforme con el parecer de Decazes. Los tres ministros disidentes presentaron inmediatamente la dimisión de sus cargos.

Considerado en conjunto y relativamente al espíritu que presidiera á su formación, el ministerio que acababa de disolverse fué el más liberal y el más homogéneo de todos los constituídos después de la vuelta de los Borbones; ninguno había reunido igual número de hombres firmemente resueltos á conciliar los derechos de la corona con los intereses consagrados por la Revolución. Para reemplazar á Gouvión-Saint-Cyr, Decazes eligió al general Latour-Maubourg, embajador en Londres. M. Roy se hizo cargo de la cartera de Hacienda, y Pasquier recibió la de Negocios extranjeros en cambio de la Memoria con que había servido á Decazes.

El 19 de noviembre el *Monitor* publicó tan extraña componenda. Por un raro capricho de su influencia, el primer prefecto de policía de la Restauración, confiándose á sí mismo el título de presidente del consejo, acababan de elegir para ministro de Negocios extranjeros al último prefecto de policía del Imperio.

El 29 de noviembre se abrieron las Cámaras con ceremonial de rúbrica; pero un gentío más considerable que de costumbre llenaba todas las avenidas del palacio legislativo y las tribunas del Parlamento. Se decía que el discurso de la corona iba á anunciar los cambios en la ley electoral en la misma Carta cuya proposición había determinado la disolución del último gabinete. El discurso realizaba los temores públicos, pues contenía, entre otras cosas, los párrafos siguientes:

«...Francia, para estar segura de sí misma, para volver á ocupar entre las naciones el rango que le pertenece, necesita poner su constitución al abrigo de sacudidas tanto más peligrosas cuanto más frecuentes.»

«...Fundador de esta Carta á la cual se hallan irrevocablemente unidos los destinos de mi pueblo y de mi

familia, he comprendido que, si alguna mejora exigen estos grandes intereses y la conservación de nuestras libertades, y que no modificaría algunas formas reglamentarias de la Carta sino para asegurar mejor su poder y su acción, me toca proponerla.»

«Llegó el momento de robustecer la Cámara de los diputados y de sustraerla á la acción anual de los partidos, asegurándole una duración más conforme con los intereses del orden público y con la consideración exterior del Estado; esta será el complemento de mi obra.»

La comisión de actas propuso anular la elección del conde Grégoire por el departamento del Isère, fundándose en que este abate residía en París, en que había sido elegido en cuarto lugar, y en que, según el artículo 42 de la Carta, los electores de un departamento no podían elegir, entre los individuos elegibles domiciliados fuera del departamento en que se verificaba la elección, más que la mitad de los diputados que le correspondían. Pero los realistas, que querían excluir al conde Grégoire por causa de indignidad, promovieron un gran tumulto, que duró más de una hora. Después de un largo debate en que intervinieron los oradores más elocuentes de uno y otro partido, el presidente puso el caso á votación en estos términos: «Que los que opinan que no debe admitirse á M. Grégoire tengan la bondad de levantarse.» Los diputados ministeriales y realistas se levantaron en masa, á los gritos de ¡viva el rey! A la contravotación no se levantó nadie: los liberales habían abandonado sus escaños en tumulto. El presidente pronunció la no admisión de M. Grégoire.

Principio de una legislatura que había de ser la más tormentosa del reinado de Luis XVIII, este voto no podía cambiar en nada la situación respectiva del ministerio y de los dos partidos que le eran hostiles; la anulación del acta del cuarto diputado del Isère no daba un voto más á M. Decazes; quedaba éste como en suspenso entre dos oposiciones cuyas fuerzas reunidas superaban á las fuerzas que podía darle el grupo de diputados funcionarios cuyos votos dictaba. Porque por una pretensión que constituyó la debilidad y la singularidad de su administración, este ministro no se apoyaba en ningún gran partido político: invocando la Carta contra las exigencias de los ultrarrealistas; oponiendo el imperio de las circunstancias á las reclamaciones y á las quejas de los liberales; amenazando á los primeros con inclinarse hacia los segundos; diciendo á éstos que iban á entregarse á sus adversarios; concediendo alternativamente pequeñas satisfacciones á cada opinión ó hiriendo tan pronto á una como á otra, Decazes llamaba *imparcialidad* á aquel perpetuo movimiento oscilatorio á que los contemporáneos dieron el

nombre de *sistema de báscula*, y creía haber atendido á todas las necesidades del gobierno después de haber obtenido, con el auxilio de los funcionarios que formaban parte de la Cámara, una mayoría de unos cuantos votos, suficiente para votar los presupuestos. Obligado, á causa de su débil posición en la Asamblea, á procurarse el apoyo de uno ú otro partido, según las circunstancias, este ministro consideraba hábil hacer promesas á los dos: á los realistas les daba, como una garantía contra toda coalición posible con los liberales, los cambios anunciados por el discurso de la corona en la ley electoral; á los liberales les ofrecía, como una prueba de absoluta ruptura con las pasiones ultrarrealistas, la reposición de todos los pares de Francia eliminados en 1815 por haber aceptado esta dignidad del gobierno de los *Cien días*, como también el indulto de los desterrados. Efectivamente, estas dos medidas se llevaban á efecto; y, por una de esas perpetuas contradicciones que presenta la administración de Decazes, este ministro había vuelto á abrir las puertas de la patria á la generalidad de los antiguos *regicidas* pocos días después de haber obligado á los generales Saint-Cyr y Dessolle y al barón Luis á retirarse del ministerio, y al día siguiente, por decirlo así, de la discusión sobre el acta del conde Grégoire.

Estas concesiones, en vez de valerle el apoyo de uno ú otro partido, aumentaban su irritación contra Decazes. Los realistas consideraban el indulto de los *regicidas* como una disposición inmoral y como una especie de traición hecha á la monarquía; y no admitían que el jefe del gobierno hablase de su vuelta á la doctrina monárquica cuando sus jefes, excluidos de las últimas combinaciones ministeriales, no tenían una sola carterera en el nuevo gabinete. Por su parte los liberales no podían aceptar favores individuales, por numerosos y absolutos que fuesen, en compensación de los cambios anunciados en la ley electoral y en la Carta, cambios cuya sola noticia sembraba la agitación y la alarma en el país. No se oían más que quejas sobre aquellas continuas alternativas de temor ó de esperanza que cada año trastornaban á todas las clases sociales. En vano aspiraba Francia á la estabilidad y á la calma; sus gobiernos no le daban seguridad ni reposo. Nuevas peticiones circulaban y se cubrían de firmas; fuera de la Cámara, como en su seno, cada fracción política se disponía á combatir al nuevo primer ministro; pero éste había de caer antes de tener que sostener aquella doble lucha. La fortuna de Decazes iba á cambiar de pronto, y el que había triunfado de tantos enemigos iba á ser violentamente derribado por un acontecimiento con que empezó el año 1820.